

e indivisible». Acepta por el contrario un pluralismo de racionalismos ligados a los dominios científicos que ellos «racionalizan». Coloca como axioma básico el *primado teórico del error*. Define el progreso del conocimiento como rectificación incesante.

Concluyen Bordieu, Passeron y Chamboredon deseando que la actual sociología francesa no caiga en la tentación *positivista* y *empirista* en que parece hundida la sociología americana. Se reafirma la actualidad de la escuela francesa de la sociología que siempre resaltó los aspectos teóricos y epistemológicos de la misma.

ANTONIO EZEQUIEL GONZÁLEZ DÍAZ-LLANOS.

CABA, Pedro: *Biografía del hombre*. Editora Nacional. Mundo Científico. Serie Filosófica. Madrid, 1967. 462 págs.

El problema del hombre es el eterno problema, siempre actual, de la filosofía del Derecho.

No deja de ser extraño que después de veinticinco siglos en que la filosofía griega descubrió la realidad del hombre; después de veinte en que el Cristianismo añadió el concepto de libertad, y cinco más tarde de que el Renacimiento proclamara su autonomía, sigamos todavía discutiendo sobre el hombre. Sin embargo, el tema del hombre es el tema por antonomasia de la filosofía y de la historia, y estudiar la personalidad humana equivale a estudiar la historia universal.

Y ciertamente, ninguna doctrina desde el antropologismo de Protagoras hasta el personalismo y el humanismo de nuestro días ha ejercido tanta influencia en todos los ámbitos del saber que la concepción que se haya tenido del hombre. En otro lugar nos referimos ampliamente nosotros a la importancia y relación del hombre con el Derecho (*Optimismo antropológico y Derecho*, de próxima publicación).

Buen filósofo, doctísimo filósofo y escritor, Pedro Caba nos presenta «con miedo y exageración, por estar inseguro», la biografía del hombre. Y hacer una biografía del hombre es filosofar sobre él, hacer filosofía. Y es también hacer historia. Pero no son—no pueden serlo—biografía e historia completas ni acabadas porque no han acabado aún la historia y la biografía del hombre.

El libro, lo dice modestamente su autor, es sólo un retrato biográfico, estampas biográficas y no precisamente biológicas. Pero no por eso es éste un libro de ensayos, ya que la intención del autor no es «ensayar», sino que «nace el libro cargado de maduras intenciones graves, queriendo ser resumen y no esbozo de ideas en agraz, acabamiento y no tentativa ligera de meditaciones a medio hacer». El libro sale «después de haber meditado su autor todo lo que él puede decir sobre su tema». Y todo lo que Pedro Caba puede decir, filosofando, sobre el hombre es mucho. Porque Pedro Caba es un conocedor del hombre como pocos. «La filosofía vuelve al hombre», es el título general de una serie de obras en las que de una u otra forma, siempre con origi-



nalidad, trascendencia de pensamiento y elegancia y precisión en la expresión, el autor nos presenta las facetas más variadas de «este desconocido» y «ser extraño» que es el hombre, desde su ser material, biológico, psíquico y espiritual hasta su trascendencia a lo eterno y divino.

En la «dialéctica de la Naturaleza y el Espíritu», que ocupa el capítulo I del libro, afirma que si el hombre forma parte de la Naturaleza, dialoga o lucha con la Naturaleza, tiene también *su naturaleza* y esta su naturaleza es la que el hombre enfrenta y contrapone a la *Naturaleza*, con sus cosas, y cada una de las cosas de la Naturaleza. Esta tercera naturaleza en el hombre es de índole espiritual, y su proyección sobre aquella naturaleza de las cosas y aquellas cosas de la Naturaleza se llama Historia y Cultura.

Actuar así *frente* a la Naturaleza, *des-naturalizar* la Naturaleza es poner Cultura e Historia. Vencer y someter a la Naturaleza y a las cosas naturales, incluso lo que de cosa natural haya en el hombre mismo, «es el primer deber metafísico del hombre, lo propio de su profesión de hombre, porque es también lo que responde al designio divino, al sobresentido de la Historia». Porque si el hombre es mineral en sus elementos químicos integrantes, es vegetal en su vida vegetativa y es animal en sus impulsiones instintivas, como hombre es más que vegetal y más que animal, «El hombre es más que vida biológica y más que Naturaleza; es extra-Naturaleza y aun sobre-Naturaleza».

Con esta concepción del hombre ya puede afirmar Pedro Caba que el hombre es «príncipe, legislador, pastor y juez de las cosas» (cap. III del libro). El hombre es el único animal que *presencia*, y porque la presencia es acción, puesto que es espíritu, con el presenciar, el hombre trata las cosas; las conoce y las entiende («intelige»), forma sobre ellas conceptos, y los conceptos refuerzan la realidad. Pero la realidad no es un mero concepto de lo real, sino que el concepto es superestructura de la realidad, que es todo lo que hay ya con-sistente, realificado por y para el hombre, y sobre todo lo cual el hombre se mueve, piensa y vive (me permito hacer observar aquí la precisión filosófica del autor que, en breves y medidas palabras pone en sus justos límites los excesos del panlogismo idealista hegeliano). Y la realidad, como conjunto de seres, necesita un «ser-que» las rija y las dirija. Y si por regirlas, de «regere», ha derivado «rex», de unir las y regularlas, ha venido a ser legislador, porque de «legere» y «leguein», que significa juntar, ha derivado «lex». El hombre es quien las liga y obliga; es su rey y su legislador. Como «príncipe» les dicta sus principios. Si las cosas tienen, *ante* el hombre, realidad, el hombre, *sobre* las cosas, tiene realeza. Y porque el hombre conoce, al conocer, el hombre juzga, puesto que ya el concepto de las cosas supone conocimiento y juicio. El hombre es el único animal que juzga y se erige en juez universal: juzga a las cosas, ontológicamente; a las personas, éticamente.

El hombre es mirada (cap. IV) porque todo lo intencional, todo lo intelectual del hombre y aun todo lo espiritual (pues que el espíritu es presencia) actúa en forma de mirada y acción. Nos miramos a nosotros mismos en nuestro pasado, presente y en nuestros anhelos y pro-



yectos hacia el futuro. Hay un mirar psicológico, metafísico y espiritual y trascendente. El *cuidado* es también una mirada ancha y prolongada. Y cuidando, el hombre hace tiempo, proyecta su temporalidad existencial sobre las cosas. Sólo el hombre descuidado, el que vive en total abandono y descuido, es existencia finita y como acabada, sin intensidad ni autenticidad.

Son muy finas y agudas las consideraciones que hace el autor sobre el cuidado como proyecto y el cuidado como cultivo, la distinción entre cuidado varonil y cuidado feminal, y la maternidad como cuidado. La «metafísica de los sexos humanos» es como el fundamento filosófico de buena parte de la filosofía de Caba, como la interpretación filosófica de la historia a través de los sexos, porque es preciso contar con el sexo para poder acometer una metafísica del hombre. Y el sexo no precisamente como categorías biológicas o zoológicas, sino como realidad en el espíritu, que toma dos estilos fundamentales, dos modos de ser que no puede ignorar la antropología. Por eso todas las formas existenciales del hombre se presentan como varoniles o como femeniles (expresiones que el autor prefiere a las de macho y hembra—que son conceptos biológicos—y a las de masculino y femenino—que son categorías gramaticales y botánicas—). Nociones como «cuido» y «angustia», «existencia auténtica», no pueden ser aprendidas en toda su riqueza existencial, si se prescinde de lo diferencial de los sexos humanos. Ya en su obra *Los sexos, el amor y la Historia* es una interpretación psico-espiritual de los sexos humanos. Hay una existencia de varón y otra de mujer, de estilo y contenido radicalmente diversos. Hay un pensamiento del hombre y un pensamiento de la mujer. Y hay un Renacimiento y Edad Media porque varía el estilo de ser hombre y al contrario. El hombre es clave de la Historia, pero la Historia es también determinante del estilo o modo de ser del hombre.

En el capítulo V, *El hombre y el camino. El camino y el caminante*, distingue el autor entre la vida del hombre como camino a recorrer en su existencia y el hombre como «homo viator», ser sustancialmente caminante o peregrino, que esa es, en definitiva, la vida del hombre sobre la tierra. Pero ese recorrido que hace el hombre caminante es conducta y es comportamiento y sólo en el hombre esta conducta y este comportamiento son intencionales o éticos. Porque el hombre, como decía Max Scheler y repite luego Ortega, es el único animal que «puede» decidir su caminar. El hombre no es camino, sino un ser itinerante, trazador de sus senderos propios. Su existir es caminar, buscándose a sí mismo, buscando a otros hombres con quienes hacer historia y buscando a Dios que es donde, en definitiva, termina el itinerario humano porque El es el Fin en el que descansan las inquietudes agustinianas del corazón. Y Pedro Caba—lo ha dicho él mismo—es agustiniano por temperamento, sobre todo en la inmensa problemática del hombre.

Para estos itinerarios y las conductas que los hombres siguen en su recorrido, son múltiples los caminos y al transitarlos va haciendo historia, crea culturas y civilizaciones. Tiende a unos fines y pretende realizarlos mediante sus actos vocacionales, que sólo nosotros, andando



nuestro camino, convertimos en destino. En cada hombre el sentido es único y rectilíneo, pero, su realización ha de adaptarse a lo accidental del mundo social y al natural.

Esta es la biografía del hombre, una biografía, pero en la que el biológico está al servicio de su biografía, tanto en lo individual como en lo colectivo humano, en la Historia. Y en su biografía el hombre se manifiesta como un «quien». Todo hombre es radicalmente un «quien». Las cosas son un «qué». En el «qué es el hombre» alcanzamos, cuando más, el concepto general del hombre como ser natural, como ser vivo. Pero con ello no agotamos *lo que* el hombre es ni llegamos a lo decisivo en él. Para alcanzar esto decisivo hay que preguntar por el singular de cada uno, hay que excluir lo genérico y aislar lo único y singular.

Pero el hombre es comunitario y en lo comunitario se nutre su singularidad y su unicidad. Si el hombre como «qué», como cosa y biología, es individuo, como «quien», como biografía, es historia singular y única, persona e historia singularísima. Y como persona singularísima es más que individuo, y más que colectividad y sociedad es comunidad y comunión; su comunidad con los demás hombres es comunidad en el espíritu en la que se engendra la singularidad de la persona. Ningún hombre es *extraño* a otro hombre, pero es *ajeno* a él.

¿Sabemos con esto qué es el Hombre? El problema del hombre y el hombre como problema siguen en pie. El hombre es antes misterio que problema, es más secreto que cuestión, y por esto precisamente su verdad es más honda.

El hombre *desciende* de Dios para entrar en contacto con la Naturaleza. La Naturaleza *asciende* hasta el hombre. Entre ambos tejen la Historia y la Cultura, en que el espíritu se depurará para reintegrarse a lo divino. La Antropología termina en Teología y en ella empieza. Porque solamente alentado por un Ser más alto que el hombre, puede éste lograr hacer las cosas extraordinarias que ha hecho a lo largo de la Historia construida por él, por encima de la Naturaleza como su superestructura.

Es una extraña biografía la del hombre. Es la biografía de un ser extraño.

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.

CASTÁN TOBEÑAS, José: *Los derechos del hombre*. Su fundamentación filosófica y sus declaraciones políticas. Madrid, 1968, 110 págs.

Protesta el profesor colombiano Mantilla Pineda contra la omisión que observa en la notable obra de Recaséns Siches, *Panorama del pensamiento jurídico en el siglo XX*, del nombre de Castán Tobeñas como un verdadero iusfilósofo. Porque, ciertamente, el profesor Castán es un filósofo y filósofo profundo del Derecho (así lo hacemos constar nosotros en algunas publicaciones y recientemente en *Aportaciones del Derecho natural al Derecho positivo* y en *Concepciones iusnaturalistas*